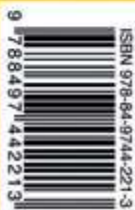




DOCE
CALLES



ISBN 978-84-9744-221-3

LUIS MONTIEL

PODALIRIANA
Rapsodias sobre el sueño terapéutico

EDICIONES DOCE CALLES

ÍNDICE

Invitación al viaje.....	11
HELÉNICA	15
Genealogía mítica de la medicina occidental	17
¿Del mito al logos?.....	22
Los hijos de Asclepio.....	26
Donde comienza lo incierto.....	30
Los varones divinos.....	35
Sobre la condición divina de las enfermedades.....	39
Morir; dormir... tal vez soñar.....	43
Los señores del inframundo.....	46
Los templos de Asclepio, Apolo y los héroes.....	49
Hypnos y Thánatos.....	52
Sanación y conocimiento.....	56
El saber de los muertos.....	59
ROMÁNTICA	63
El nacimiento del magnetismo animal.....	65
Medicina romántica.....	69
El «Filósofo Cándido».....	72
El desamparo del alma.....	76
La Edad de Oro.....	79
Las enseñanzas del pasado.....	82
La madre de Hypnos y Thánatos.....	85
El sueño que cura.....	89
Anatomía y fisiología del alma.....	91
El sueño magnético.....	95
Pero, ¿qué es, realmente, el magnetismo animal?.....	98
El viaje del sonámbulo.....	101
El rescate de Hypnos.....	104
El retorno de Psykhé.....	106
Troya cero: El doctor K. y Lady Susan Lincoln.....	108

PSICOLÓGICA	113
<i>Limes Imperii</i>	115
<i>Acheronta movebo</i>	116
<i>Procul recedant somnia...</i>	120
<i>...et noctium phantasmata</i>	126
<i>Horridas nostrae mentis purga tenebras!</i>	130
<i>Facilis descensus Averni</i>	134
<i>Cum durmiente loquitur</i>	138
<i>Incubatio moderna</i>	142
<i>Habentibus symbolum facilis est transitus</i>	146
<i>De civitate Dei</i>	149
<i>Non omnis moriar</i>	153
BIBLIOGRAFÍA	157

INVITACIÓN AL VIAJE

Estoy convencido de que no puede escribirse un estudio histórico de cualquier modo, así como no puede leerse de cualquier modo. Al decir esto no me refiero a la técnica del escritor ni a su honestidad ideológica y metodológica, ni tampoco a la preparación previa del lector, aunque estos no son factores baladíes; todo lo contrario, especialmente en lo que toca a quien se aventura a estudiar lo que fue para contárselo a otros. Me refiero más bien a lo que denominaría «disposición espiritual» de quien escribe, y también de quien lee. No me parece ilícito, pero sí poco útil, incluso parcialmente erróneo, lo que podría llamar mantener el suelo bajo los pies. En ese caso puede haber, sin duda, escritura y lectura de la historia; pero, ¿hay, realmente, experiencia histórica en tal modo de proceder? ¿No dependería ésta, en último extremo, de perder el suelo bajo los pies?

¿Nos hemos parado alguna vez a pensar lo que representa engolfarse en el estudio de la historia? ¿Es tan sencillo ponerse en el lugar de otros, desconocidos, sin comer lo que ellos comieron, creer lo que creyeron, vivir los temores que limitaron su modo de estar en el mundo, sin hacer carne y alma de tantas experiencias que sería imposible enumerar, incluso concebir algunas de ellas? Y esto, que es válido para un personaje o una época, ¿adónde nos lleva, cuando lo que buscamos es la comprensión de un quehacer que cambia con el tiempo, como es la medicina; quehacer basado, por otra parte, en mudables ideas acerca de la vida, la salud, la enfermedad, la muerte...?

Además, ¿por dónde comenzar? Por mucho que uno decida retirarse en busca de un punto de referencia siempre es posible encontrar otro aún más allá, más lejos en el pasado. Y en cada momento, en cada parada, el investigador, y con él el lector, debe tener en cuenta que aquellos hombres y mujeres en los que se fija, cuya profundidad pretende escrutar, sólo antropológicamente –y con matices– son «como él», ya que no lo son históricamente; y esto es algo crucial cuando se dice estar haciendo, o leyendo, historia. De manera que

habría que concebir la historia como un viaje, un movimiento hacia lo desconocido, incluso cuando uno piensa estar sentado frente al escritorio o en el sillón de orejas; un movimiento que no deja de reclamar un *plus ultra*. Aunque en algún momento haya que alzar unas Columnas de Hércules nunca debe abandonarnos la idea de que estamos poniendo puertas a Océano, el arcaico padre de los dioses, el río inabarcable que circunda la tierra *plus ultra*, más allá de las columnas con que el semidiós refrendó la última impotencia de los seres humanos, el límite pasado el cual comienza esa soberbia, esa desmesura –la *hybris*–, que los inmortales no toleran, castigándola, a menudo, con la desesperación y la locura.

No cometeremos ese pecado ni sufriremos ese castigo. Aceptaremos unas Columnas de Hércules. No nos exigiremos, ni reclamaremos del lector, otro sentimiento que la nostalgia: el dolor (*algos*) producido por el deseo del regreso (*nostos*) a un lugar que, debemos ser conscientes de ello, estará siempre más allá: del espacio, del tiempo, de nuestra capacidad de comprensión. Pero por eso mismo hemos de ser conscientes de que no habrá un suelo firme bajo nuestros pies, lo que no significa que yo, como autor, no tome todas las precauciones necesarias para que no nos rompamos la crisma, es decir, para no faltar a la verdad en la medida en que esa esquiva dama lo permita. Buscaremos, juntos, quien me lea y yo, un saber, pero ese saber tendrá unos rasgos peculiares: nunca se reclamará definitivo y estará rodeado, como los cometas, de un halo ardiente, en este caso de emoción. Tendrá un inevitable componente estético en el más puro sentido del término (*aisthesis* = sensación): conoceremos sintiendo; y lo que sentiremos será una indefinible mezcla de esa nostalgia de la que hablaba y empatía con unos seres con los que nunca nos será dado hablar, salvo en el caso de que nos aventuremos a hacer de nuestro viaje hacia atrás una *nekyia*, un descenso al inframundo. ¿Llegarán a ello nuestras fuerzas, nuestro deseo, nuestra nostalgia?

¿Cuál será el mapa de nuestro viaje? Empecemos por determinar ese dudoso, en buena medida arbitrario punto de partida al que hace un momento me refería. En muchas cosas, pero especialmente en la medicina, nos decimos hijos de los antiguos griegos. Gustamos de reconocer en su historia el comienzo de nuestra genealogía cultural, y sin duda no nos falta razón, por más que lo que hoy conocemos de aquellos seres humanos difiera notablemente de lo pensado hace cien o doscientos años, incluso de lo sostenido por algunos en fechas más recientes. Concretamente, si hemos de ser fieles a lo

que de aquellos señores del Mediterráneo sabemos no podremos eludir una evidente ambigüedad, pues hablaron de sí mismos con al menos dos lenguajes diferentes: el de la historia y el del mito. En ese territorio incierto hemos de buscar, si queremos ser respetuosos con lo que fue, nuestra genealogía, y allí es donde encontraremos el comienzo de la creencia en que en el sueño suceden cosas extraordinarias, acciones de un dios sanador, que pueden conducir a la curación de las enfermedades. Al sueño sagrado del que se espera este efecto salutífero lo denominaron *enkoimesis*, y sus sucesores latinos, que adoptaron el modelo, *incubatio*. Y la fe en él estuvo vigente durante muchos siglos, también entre los primeros cristianos que, eso sí, lo atribuyeron al Espíritu Santo.

Después, a lo largo de varios siglos esta creencia desapareció del panorama intelectual de Occidente. Ni la medicina que podríamos llamar oficial ni la popular parecen haber mantenido el interés por las supuestas posibilidades terapéuticas del sueño, más allá de lo que éste ofrece en el ámbito del simple reposo. Fue preciso que llegara el romanticismo, y más concretamente el original, el nacido y crecido en la Alemania de comienzos del siglo diecinueve, para que ciertos médicos redescubrieran aquella venerable terapéutica y la interpretaran a la luz de sus nuevas y audaces teorías. El descubrimiento, o si se prefiere, el invento del llamado magnetismo animal por Franz Anton Mesmer, dio alas a la indagación de las posibilidades terapéuticas del llamado «sonambulismo magnético» y a toda una investigación de los fenómenos propios del sueño, campo olvidado por los médicos de los siglos precedentes. Pero la llamada «medicina romántica» fue lo que suele denominarse flor de un día, y una vez más la idea de que el sueño podía curar cayó en el descrédito.

En lo que no cayó fue en el olvido, pues menos de un siglo más tarde el sueño, o más propiamente los sueños, volvieron a ser reclamados por la medicina, aunque de nuevo desde una posición marginal, la representada en un primer momento por un solo autor: Sigmund Freud. Pronto se desarrolló en torno a su figura el movimiento psicoanalítico. Diversas ramas brotaron del tronco original y hasta hoy en día el sueño y los sueños han encontrado su lugar –un lugar no reconocido por todos– en el campo de la psicoterapia. Parece que la intuición del ser humano de que lo que ocurre durante el sueño es valioso para la salud se resiste a morir. Esta historia en tres etapas es la que pretende reconstruir el presente ensayo.

HELÉNICA





Apolo, dios del sol, de la claridad y de la curación, puede también enviar a la humanidad enfermedades como la peste, hijo de Zeus y Leto. Hermano de Artemisa nacido en un parto múltiple.

Apolo Belvedere. Roma, Museo Vaticano

GENEALOGÍA MÍTICA DE LA MEDICINA OCCIDENTAL

Si hemos de atender a la afirmación de Jenófanes según la cual Homero representa la más alta autoridad histórica, «de la que todos los hombres han aprendido desde el principio», haremos bien en acudir a las creaciones atribuidas a este nombre, tan mítico como histórico, en busca de nuestro punto de partida. Y, en efecto, en la primera de ellas, la *Iliada*, encontramos lo que íbamos buscando.

Los hermanos Macaón y Podalirio combatieron en el ejército dirigido por Agamenón en la guerra de Troya. En la perspectiva de la época seguramente debemos llamarlos reyes, al estilo del propio Ulises, rey de Ítaca, por cuanto aportaron al combate treinta naves con su correspondiente tripulación; una fuerza nada desdeñable. Pero el hecho de que el poeta diga de ellos que valían por muchos hombres no se explica por su condición de caudillos militares, sino por otra cosa que aquél no deja en silencio: su condición de médicos. Valen por sí mismos y por todos los guerreros que, con su saber y su quehacer, puedan rescatar de la muerte y devolver sanos a la batalla.

Médicos humanos, mortales pues, pero hijos de otro médico que, aunque mortal, había sido un semidiós, de manera que hizo falta un dios –su padre– para darle muerte, pues en caso contrario habría seguido pisando la tierra. Su nombre era Asclepio, y el de su padre, Apolo. Así pues, aquellos médicos situados al comienzo de la historia de la medicina occidental, pertenecían a un linaje sagrado. Detengamos un momento nuestra mirada sobre esta genealogía.

Apolo es el dios de la curación y de la salud, así como de otros muchos dominios que desbordan los márgenes de nuestro interés presente. Pero también el que en la *Iliada* envía la muerte en forma de pestilencia a los aqueos

en castigo por la tozudez de Agamenón, empeñado en no restituir a su padre, sacerdote de Apolo, a la doncella Criseida. Pero tampoco esta parte de la historia nos interesa, al menos de momento. Ahora queremos saber más sobre su hijo, el sanador.

En tiempos pasados, en el origen mítico de esta narración en la que empieza a apuntar la historia, el divino Apolo amó a la princesa tesalia Corónide, que quedó embarazada como resultado de esos amores; pero al saber a ésta enamorada de un mortal la hizo morir, según una versión abrasándola él mismo, según otra pidiendo a Artemisa, la diosa cazadora, que la hiriera con una de sus flechas. Sea como fuere –el hecho histórico no sucedió nunca y el mítico sucede eternamente– el dios descendió en medio de las llamas, las de la ejecución o las de la pira funeraria de la princesa, para extraer de su vientre al hijo, Asclepio. De este modo, el destinado a ser patrón de la medicina griega habría venido al mundo desde la muerte y en medio de la muerte; un modo de nacimiento que lo emparenta con Dioniso, nacido de madre muerta, Sêmele, e incluso renacido después de haber sido despedazado como Dioniso Zagreo en edad infantil por los titanes. Retengamos este dato, inquietante para un



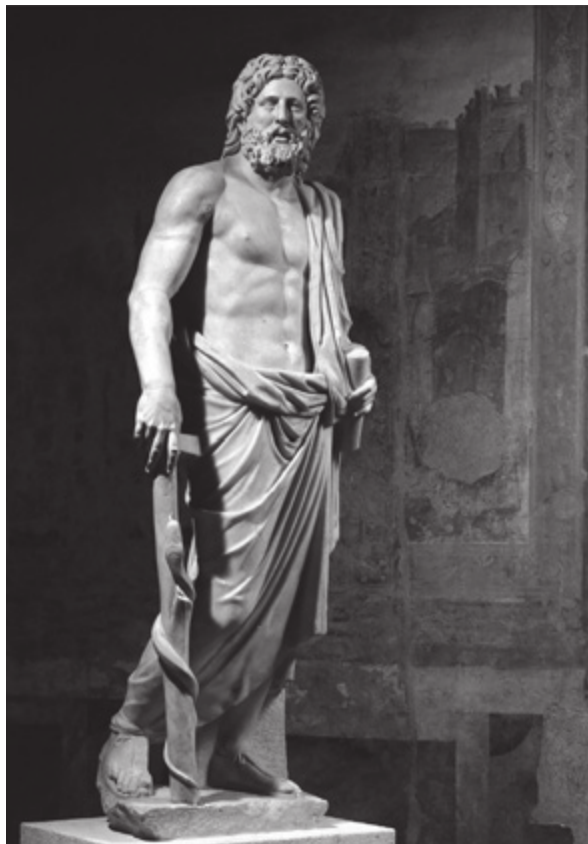
Corónide es seducida por Apolo



Corónide muere embarazada de Asclepio por una flecha del celoso Apolo



Asclepio es fruto del amor entre Corónide y Apolo, quién lo entrega al Centauro Quirón para su crianza



Asclepio, dios de la medicina y la curación, con su símbolo serpentina

occidental del siglo veintiuno: que la divinidad a cargo de la medicina parezca provenir del reino de los muertos. Más tarde nos ocuparemos de las razones que llevaron al padre de Asclepio a privarlo de la inmortalidad.

Hijos de Asclepio son, como queda dicho, Macaón y Podalirio, los caudillos militares y médicos presentes en la *Iliada*. De su progenitor han recibido el saber y la tarea: atender a los seres humanos dolientes y rescatarlos cuando sea posible. Da la impresión de que esa herencia se ha repartido de forma equitativa y a la vez desigual. Macaón cura con el cuchillo y, en general, con la habilidad de sus manos y la intervención activa sobre el cuerpo herido: es, por así decir, cirujano; o como propone Kerényi basándose en la etimología, casi «carnicero», pues $\mu\alpha\gamma\epsilon$ significa «batalla» y $\mu\alpha\chi\alpha\acute{\iota}\rho\iota$ «cuchillo». Podalirio

cura con ungüentos y bálsamos extraídos de las plantas con las que, de acuerdo con su nombre, guarda una íntima familiaridad. Él es «el de los pies de lirio». Los pies son la parte del cuerpo que nos pone en contacto con la tierra y que, en su caso, llega a confundirse con el mundo vegetal. Pero uno de los pocos autores que nos hablan de él después de Homero señala que conseguía hacer eficaces sus bálsamos mediante la evocación del nombre de su padre cuando los aplicaba. El trabajador manual confía en su habilidad, mientras que el que cura con remedios cuya esencia es desconocida tiene que encomendarlos al poder sanador de su padre el semidiós, y seguramente a través de él al mismo Apolo. La divinidad está detrás del medicamento que el herborista, familiarizado con el mundo vegetal, emplea en sus curaciones. Y no debemos echar en olvido que un poeta posthomérico, Arctino, atribuyó a Podalirio la capacidad de curar las enfermedades del alma.

Merece la pena tener en cuenta para comprender cuanto se dirá que en el origen histórico, ya no mítico, de la medicina racional de Occidente, la medicina llamada hipocrática, se hace descender al fundador de la escuela, Hipócrates de Cos, de Asclepio. Existen dos versiones de esta genealogía: la de Theopompos, que denomina «asclepiadas» a los médicos de Cos y de Cnido –es decir, los sitúa en directa relación con Asclepio–, mientras que de Syrna, una isla próxima a Cos, «vienen los primeros descendientes de Podalirio»; y la de Ioannes Tzetzes, quien, sin negar lo anterior hace descender a Hipócrates de Asclepio a través de Podalirio. Es como si, de pronto, Macaón se hubiera convertido en un antepasado poco estimable, mientras que Podalirio mantenía su prestigio, si es que no lo veía acrecentado.

Sin embargo la historia de la medicina occidental, esa que se siente orgullosa de su raigambre hipocrática, abjurarán también del segundo, especialmente de su vertiente de ensalmador y curador de almas. Esa historia de la medicina es bien conocida, pues está en los libros y en las mentes de los médicos que han recibido alguna formación acerca del origen y la evolución de su quehacer y de sus saberes, y se trata de una historia que, esencialmente, no es falsa, pues fue –¿es?– la propia medicina la que ha sabido rescatar antes a Macaón que a Podalirio; pero los descendientes de los dioses, si además son héroes –es decir, personas reconocidas como mediadores ante la divinidad después de su muerte–, como en el caso de Podalirio, no se dejan desarraigar de la memoria. Sobre todo si algunos mortales intuyen que siguen teniendo una sabiduría que transmitir.



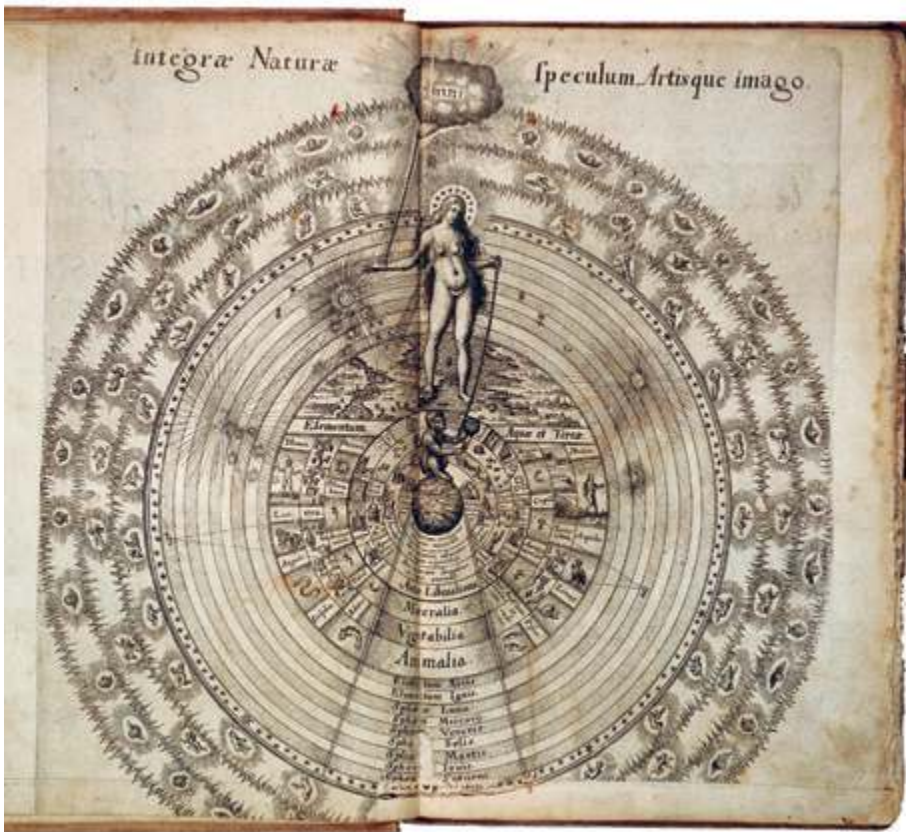
Caricaturas francesas críticas con el mesmerismo





Retrato de G. H. von Schubert por Hafstaengl

Integra Naturae Speculum Artisque. Frontispicio de *Utriusque cosmi maioris scilicet et minoris*, de Robert Fludd, Oppenheim, 1617-1619





Retrato de Carl Gustav Carus por Johan Carl Rössler

Carl Gustav Carus, *Vista de Dresde en la puesta de sol*, ca. 1822. Museum Gunzenhauser - Kunstsammlungen Chemnitz, Alemania





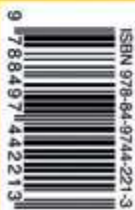
Lady Susan Hamilton-Lincoln.
National Trust Scotland.

Litografía inglesa de 1852.
“Gloriosa práctica es ésta del mesmerismo pues nos otorga tanto poder sobre la imaginación del paciente... ah, qué berenjenal de goces. El público se halla en babia completamente respecto a la verdadera causa de las enfermedades de modo tal que los doctores mesmeristas podemos imponer cualquier cosa a la gente. (...) ¡Hurra por la confusión y el misterio en medicina!”





DOCE
CALLES



ISBN 978-84-9744-221-3